

de su ejecución. Para ambas, concluye Delgado, sólo cabían estrategias análogas de una política exterior cultural basada en los recursos de la diplomacia sustentada en los contactos personales, el empleo del halago y la concesión de distinciones y condecoraciones para captar las voluntades de los sectores influyentes.

A falta de un capítulo que recoja las transformaciones de los cambios de la política cultural de ambos países a partir de mediados de 1950, el trabajo de Martín Rodríguez compara las fiestas y monumentos que representan las travesías transatlánticas de la cultura y la memoria; o sea los dispositivos simbólicos de la propaganda para generar corrientes de simpatía en el exterior. Y lo hace a través de la recreación de los rituales asociados a ellas en América de las fiestas del 14 de julio y del 12 de octubre a través de todo el período objeto de estudio en el libro; de sus promotores y de los im-

plicados en las conmemoraciones. Si bien la del 12 de octubre se cristalizó en un ritual cívico de muchas naciones latinoamericanas como expresión de cosas distintas según los países, la del 14 de julio quedó circunscrita a un papel simbólico entre algunas elites francófilas. Las nuevas lecturas de la fiesta nacional francesa en tiempos de entreguerras hechas en muchos países de la región en clave antifascista escapan, sin embargo, del análisis del autor. El uso del espacio para la memoria de unas relaciones culturales es estudiado a través de los monumentos que, tanto en París como en Madrid, evocan, para la contemplación de un público reducido —por la localización de los mismos— el pasado heroico de las diferentes naciones latinoamericanas. Incursión enriquecedora, en definitiva, de una historia cultural para entender mejor las relaciones internacionales.

MARCELA GARCIA

Carlos Barrera (coord.),  
*Historia del periodismo universal*,  
Barcelona, Ariel, 2004, 417 págs.

Según narra George Weill, en 1787 el diputado y filósofo político Edmund Burke reprochó a los periodistas presentes en la Cámara de los Comunes el haberse convertido en el «cuarto poder». Así que dos años antes de la Revolución Francesa, de la eclosión de la palabra, y por tanto del periodismo, que aquélla extendió por todo el continente, llegaba ya el primer aviso del poder enorme que unas hojas impresas, todavía en ciernes, iban a alcanzar en el mundo

contemporáneo. Y todo gracias a Gutenberg, una vez más, pues si la imprenta había hecho posible el nacimiento de la cultura moderna, casi tres siglos después iba a permitir aún el desarrollo de la política tal como hoy la entendemos, es decir, como palabra hablada y escrita en el espacio público. Sin periodismo no existiría la política. De ahí la importancia que el presente libro tiene no sólo para los periodistas, sino también para los estudiosos de la

historia, la política y la cultura en general, como principal aportación original en lengua española sobre el tema.

De hecho, no son muchas las obras generales sobre historia del periodismo disponibles en el mercado editorial, pese al impulso que ha cobrado en los últimos años el análisis de la prensa desde diferentes perspectivas (históricas, lingüísticas, sociológicas o de la comunicación, además de periodísticas). No contamos siquiera con demasiados estudios globales sobre la historia de la prensa en España, desde la aparición ya lejana del libro de Pedro Gómez Aparicio y el no menos pionero de María Dolores Sáiz y María Cruz Seoane, todavía de referencia obligada. Si éstos se detienen en 1939, el período posterior está bien estudiado gracias a la obra de Manuel Fernández Areal, Antonio Alférez, Carlos Barrera, Javier Sánchez Aranda, Jesús Timoteo Álvarez, Juan Francisco Fuentes, Javier Fernández Sebastián, Jaume Guillamet, Begoña Zalbidea, Javier Terrón Montero o Elisa Chuliá, entre otros, sobre el franquismo y la transición democrática. Pero es en la historia del periodismo universal donde nuestra carencia es mayor, con pocas aportaciones originales, como las de Pizarroso Quintero o Gómez Mompert y Marín Otto. A llenar en parte ese vacío viene este libro, escrito por varios profesores activos en diferentes universidades españolas y latinoamericanas bajo la coordinación de Carlos Barrera, y concebido al mismo tiempo como un manual universitario, un estado de la cuestión y hasta una aportación original, en algunos aspectos, al tema.

Tras su interesante introducción teórica, Jesús Timoteo Álvarez, catedrático de Periodismo en las universidades Complutense de Madrid y Politécnica de Lisboa, agrupa a los autores del libro bajo el común denominador de una «escuela española de historia de la comunicación» (pág. 40), aglutinada en torno a la Asociación de Historiadores de la Comunicación. Cuyas virtudes, por cierto, enumera a continuación con un optimismo seguramente justificado, pero con una menos comprensible reticencia ante la importancia decisiva que el hispanismo europeo, y en particular francés a partir de los estudios de Jean-Michel Desvois, Paul Guinard, Paul Aubert o Gérard Imbert, ha tenido en el mejor conocimiento de la prensa en España. La obra, con una estructura entre cronológica y temática, prosigue con los orígenes del periodismo moderno, narrados por Jaume Guillamet, catedrático en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Su arqueología del periodismo contemporáneo resulta apasionante, desde los *fogli a mano* de la Italia medieval, las relaciones de sucesos modernas y las gacetas de los siglos xvii y xviii, al difícil progreso de la libertad de imprenta durante el siglo xix. En esos siglos tienen su génesis fenómenos que hoy nos resultan tan comunes: en el siglo xvi el papa Sixto V calificó ya a los periodistas como *pestiferi huomini* u «hombres apesados» (pág. 46) y en el xvii Renaudot, editor del rey de Francia, escribía que «la historia es la narración de las cosas que han sucedido, la gaceta es sólo el rumor» (pág. 73). En 1787 Thomas Jefferson declaraba «si se me dejara decidir entre tener un gobierno sin periódicos o periód-

dicos sin un gobierno, no dudaría un sólo momento en preferir lo segundo» (pág. 66). Lástima que desde entonces hasta hoy muchos hayan preferido lo primero.

De la evolución de la prensa en los estados liberales durante los siglos XIX y XX se ocupan José Javier Sánchez Aranda, profesor del departamento de Comunicación Pública de la Universidad de Navarra, e Ingrid Schulze Schneider, profesora del departamento de Historia de la Comunicación Social en la Universidad Complutense de Madrid. De manera paralela a los grandes procesos socioeconómicos de urbanización, industrialización, avance de las comunicaciones, escolarización y cultura de masas, ambos autores analizan los avances tecnológicos en la impresión y difusión de los periódicos, la creciente importancia de la publicidad, el desarrollo de la prensa política y de partido, la creación de redes de corresponsales y agencias de noticias, los nuevos productos para públicos diversos (femeninos, profesionales, etc), los primeros reportajes, los semanarios ilustrados o la evolución de la fotografía periodística. Destacan la aparición de los primeros periodistas famosos y de los magnates de la prensa (Pulitzer, Hearst), en gran parte como consecuencia de la imparable concentración de la propiedad y de la continua expansión de la prensa popular o «amarilla» frente a la tradicional de élite. Por supuesto, no era ajeno a este proceso otro más global, el que veía a la prensa ganar poder político y erigirse en fiscalizadora («los defensores del pueblo») del gobierno y del Estado, que a su vez van a responder con la censura y otros medios de control in-

formativo. El inevitable conflicto, aunque consustancial al periodismo desde sus orígenes, explotó con la I Guerra Mundial y el descubrimiento del enorme potencial de la prensa para la propaganda, la movilización social y la formación de identidades nacionales, algo de lo que pronto tomarán buena nota los totalitarismos de distinto signo. El periodismo mostrará entonces no sólo su gran poder, sino también su peor cara: la manipuladora, retórica y mentirosa, donde reina la palabra como ocultadora de la realidad.

Esos mismos fenómenos son estudiados para España por Carlos Barrera, profesor de Historia del Periodismo en la Universidad de Navarra, y para América Latina por Patricio Bernedo, director del Instituto de Estudios Mediales de la Universidad Católica de Chile; Rosa Zeta de Pozo, profesora de la Universidad de Piura (Perú); Fernando Javier Ruiz, de la Universidad Austral de Buenos Aires, y Silvio Waisbord, oficial de programas para el Desarrollo Educativo en Washington. En ambos casos, el español y latinoamericano, encontramos características muy semejantes a las presentes en los grandes estados liberales, aunque en una escala menor y con algunas peculiaridades geográficas, culturales y políticas. Entre éstas, quizás la más importante fue la inestabilidad sociopolítica y el constante recurso a los instrumentos de control gubernamental, de manera que los periodos de excepción acabaron superando a los de vigencia normal de la libertad de expresión. Las dictaduras que durante el siglo XX se irán imponiendo en casi todos esos países dispondrán por tanto de útiles precedentes legislati-

vos, como ocurrió en España con la Ley de Jurisdicciones de 1906, pero aún así el terror fascista y militarista no tardará en despejar cualquier duda sobre las virtudes de los sistemas liberales que les antecedieron, por muy corruptos y oligárquicos que hubieran sido.

Es muy significativo que entre los regímenes fascistas, incluido el nazismo, ninguno se dotara de un plantel de medidas represivas sobre la actividad periodística equiparable al que, desde 1938, levantó el franquismo. Porque, como analiza la politóloga y profesora de la UNED Elisa Chuliá en el apartado dedicado a los totalitarismos, éstos se distinguen, en su aspiración por controlar todos los aspectos de la sociedad, de los regímenes autoritarios, más interesados en controlar el poder que en imponer un nuevo sistema de valores. Para los primeros, siguiendo el modelo de J. J. Linz, los medios de comunicación de masa serían un instrumento fundamental de movilización social y de propaganda política; para los segundos sólo «una potencial amenaza que hay que neutralizar» (pág. 252). Lo cual, como hace bien en recordar la autora, no significa ni mucho menos que unos fueran necesariamente más crueles que otros: Franco fue un militar (Mussolini y Hitler eran, al fin y al cabo, periodistas) y la prensa franquista, como el propio régimen, venció, pero nunca convenció. A la idea liberal de periodismo de información opuso un periodismo de formación, tomado de la doctrina católica, pero sobre todo se impuso por la violencia de los hechos y de las palabras, y luego no fue más allá de fomentar una «ignorancia pluralista» (pág. 251). Isabel

Fernández Alonso, investigadora del Institut de la Comunicació de la Universitat Autònoma de Barcelona, nos recuerda además que en los totalitarismos fascistas y comunistas la prensa acabó siendo desplazada por la radio como medio de propaganda de masas, al igual que hoy por la televisión, desarrollando estrategias de manipulación implícita o «propaganda negra» en detrimento de la clásica «propaganda blanca» explícita (pág. 233). Con la nueva ley de prensa de 1966 Franco pensó que, si los débiles gobiernos liberales habían logrado gobernar sin censura previa, él no iba a ser menos, pero los hechos le demostraron que se equivocaba, porque las dictaduras son más débiles, desde la perspectiva de su legitimidad, que las democracias. Y sobre esa legitimidad del poder la prensa tiene mucho que decir, como demuestra su papel en los procesos de transición de la dictadura a la democracia en España y América Latina. También en la Europa ex comunista, cuya difícil transición de un modelo de monopolio estatal a otro democrático es el tema de la interesante contribución del historiador Ricardo Martín de la Guardia, de la Universidad de Valladolid.

El libro se cierra con un apartado dedicado al periodismo digital y las nuevas tecnologías, de María Ángeles Cabrera, vicedecana de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Málaga. Al final se echa en falta la presencia de una buena parte del planeta en una historia que se titula «universal», y un panorama de la prensa en el mundo árabe, en Japón, China o India, además de hacer honor al título, hubiera sido de agradecer ante la es-

casez de textos sobre el tema en España. La estructura del libro, a medio camino entre el manual universitario y la obra de colaboraciones, y entre la división temática, geográfica y cronológica, determina bastantes repeticiones, una desigual calidad y una variedad de enfoques académicos (periodismo, sociología, historia) que es positiva, pero que hubiera sido mejor asumir de manera más explícita y sistemática. Porque es ahí donde afloran las carencias no ya de este libro, sino de muchas otras aportaciones de la historia del periodismo: se dan numerosos títulos de cabeceras, nombres de propietarios y otras informaciones muy descriptivas, cuando no anecdóticas, pero falta un análisis político de la relación entre periodismo y liberalismo cuando, como escribe Carlos Barrera, «liberalismo y periodismo llegaron a ser palabras casi sinónimas» (pág. 119). Por ejemplo, se pasa por encima de un hecho tan relevante como fue la publicación del *J'accuse* de Zola,

pese a que señaló el nacimiento del intelectual moderno, al igual que se hace con el caso *Watergate*, símbolo del poder de la prensa en las nuevas democracias, donde a menudo los relevos en el poder ya no se producen por causas políticas, ni mucho menos ideológicas, sino por la denuncia de corrupciones en la gestión pública. Tampoco se profundiza en la importancia de los folletines o novelas por entregas en la literatura popular, ni aspectos sociológicos como el número y tipo de lectores, y la contextualización histórica es insuficiente en algunas ocasiones (por ejemplo en las págs. 105-107 sobre prensa obrera y católica). Podrá decirse que se trata de aspectos marginales respecto al tema central y, sin embargo, son éstos los que hacen grande al periodismo, cuya historia desde ahora dispone de un texto de obligada referencia en español.

JAVIER MUÑOZ SORO

Kari Palonen:

*Quentin Skinner: History, Politics, Rhetoric*  
Polity Press / Blackwell Publishing Ltd.,  
Cambridge 2003, 207 pags.

Kari Palonen (Profesor en la Universidad finlandesa de Jyväskylä, teórico él mismo de la política, que viene publicando en los últimos años un buen número de interesantes trabajos) sacaba a la luz muy recientemente *Die Entzauberung der Begriffe* (LIT Verlag, Munich 2004), tentativa comparativa en torno a la aproximación histórica al cambio conceptual emprendida tanto por

Reinhardt Koselleck como por Quentin Skinner; este «*desencantamiento de los conceptos*» no pudo ver en su día la luz en inglés, pero dio al menos como fruto esta otra monografía de carácter más reducido, ceñida solamente a la figura de Quentin Skinner, que la editorial Polity, dentro de la colección de «Pensadores Contemporáneos Clave», nos daba a conocer el año pasado.